

EL CAMPO ANDALUZ PUEDE ESTALLAR

ANTONIO RAMOS ESPEJO

El pan está duro aquí, en Andalucía", se queja un colono de las marismas de Lebrija. "Los jornaleros no podemos aguantar más. Se está pasando hambre física", dice Paco Casero, secretario general del Sindicato de Obreros del Campo. Y Gonzalo Sánchez, presidente del SOC, amenaza con volver a la acción de "nuestros abuelos". De 420.000 jornaleros andaluces, sólo el 9 por 100 son fijos; los demás tienen por empresa eventual el empleo comunitario.

En Madrid temen que el campo andaluz estalle de verdad. Por eso, ante situaciones de apuro, los gobernadores piden con urgencia más dinero para el empleo comunitario. De los 12.000 millones de pesetas, aprobados por el Gobierno para subvencionar el hambre jornalera de los andaluces, sólo han llegado 5.000. El movimiento campesino andaluz tiene sobradas razones para radicalizarse. Los conflictos no aumentan y estallan con virulencia porque las centrales sindicales mayoritarias, CC. OO. y UGT, están sirviendo de colchones para amortiguar, a través de despachos, comunicados y representación parlamentaria, los problemas de los jornaleros. La radicalización campesina de los últimos meses ha tenido de protagonistas a los sindicalistas del SOC, que lanzaron la campaña de paralización de las máquinas de remolacha (acciones que costaron multas de dos millones y medio de pesetas, impuestas por los gobernadores civiles de Sevilla y Cádiz), que promovieron el encierro de veinticuatro alcaldes en la Diputación de Sevilla, con encierros y manifestaciones también en los pueblos, y que ahora amenazan con otras jornadas de lu-

cha del 2 al 9 de noviembre. El SOC, afín al PTE, arrastró al encierro a alcaldes del PSA, PSOE y a uno del PCE, partido este que desautorizó tal medida. El PCE se opone a las reuniones de alcaldes en Sevilla y Córdoba, y, sin embargo, apoya la de Granada. Sin entrar a juzgar aquí quién beneficia o no al movimiento campesino y sus reivindicaciones, lo lamentable, lo peor que le puede ocurrir a los 420.000 jornaleros andaluces, es la falta de unidad, los criterios opuestos cuando son partidos políticos los que están detrás de los sindicatos, el lamentable espectáculo de los sindicalistas. Por encima de los partidos y de los sindicatos está la situación desesperante del jornalero, que no tiene espera y que se ha dado cuenta que ya no sirven las buenas palabras de los políticos en las Cortes. Cuando tanto se está jugando con el hambre del campesino, las reacciones de éste pueden llegar, cuando menos se lo esperen los gobernantes, a límites insospechados.

Lebrija, una punta de lanza

Lebrija es un pueblo histórico en padecimientos de los jornaleros. Lebrija es ahora, como antes, una punta de lanza del movimiento campesino, porque los lebrijanos de hoy sufren situaciones semejantes a las que a finales del siglo pasado llevó a sus abuelos a afiliarse y a actuar en las acciones reivindicativas de la CNT.

Si Gonzalo Sánchez fuera torero, y riles no le hubieran faltado, llevaría hoy las cornás de certificado de valentía. Pero más cornás da el hambre jornalera. Las embestidas que ha aguantado el campesino lebrijano le han

convertido en **maestro de lucha** contra la represión y **banderillero de castigo** contra el Gobierno y los terratenientes de hoy. Empezó Gonzalo, como los novilleros, con un pequeño agarrón: 5.000 pesetas de multa en 1974. Desde entonces, los **toros bragaos** del fascismo no cesaron de embestirle: 100.000 pesetas meses más tarde; le siguieron 200.000, 500.000..., cuando ya se llenaban las plazas de los pueblos, no de jornaleros con los brazos cruzados, sino de jornaleros gritando al hambre de los cuatro vientos por un puesto de trabajo. Quién te ha visto y quién te ve ahora, sentado en la Alcaldía de Lebrija (como alcalde en funciones, porque Antonio Torres, el titular, también petenero, está con otros alcaldes sevillanos preparando en Agudulce más acciones contra el paro).

Cuando Azorín viajó por Andalucía, se fijó en la tragedia de los jornaleros lebrijanos. La tragedia no ha cambiado para los 900 parados de este pueblo, que tienen dos plazas simbólicas: La **Plaza de los Parados**, en el centro del pueblo, por donde pasean sus reivindicaciones, y la **Plaza de San Fermín**,

que, en realidad se llama, la del **Pilar o la de Frasquillo el del Vino**, conocida con nombre **pamplonica** por las corridas y enfrentamientos con la Guardia Civil antes y ahora con la Policía Nacional. Como cuando el gobernador Fernández Madrid les mandó a las Fuerzas del Orden con cuarenta caballos sin tacos, que resbalaban cuando las mujeres les tiraban piedras. Y Gonzalo le recordó al señor gobernador: "¿Es que quiere usted que se repitan los hechos de la República, cuando murieron dos guardias de Asalto a la salida de Lebrija?". De esta última etapa de luchas reivindicativas, Lebrija tiene ya su historia escrita en las calles: al jornalero José Ruiz Fernández, uno de los lebrijanos más multados, que murió, y el nuevo Ayuntamiento le ha dedicado una calle; y a Juan Bernabé, fundador del Teatro Lebrijano, muerto también, cuyo nombre se le ha puesto a una cooperativa de viviendas. En Lebrija nació el SOC. O sea, que este pueblo conserva **las madres** de este nuevo movimiento campesino, que recuerda (salvadas las distancias ideológicas) a los jornaleros anarquistas de épocas no tan lejanas.

"Si hay que quemar las máquinas, las quemamos"

Ahora Gonzalo no está cavando la viña del Marco de Jerez, como cuando figuraba en las listas negras de los patronos, que llegaban, como a otros, a ponerlo a trabajar sólo en el tajo, apartado del contacto de los demás jornaleros; no fuera a contagiarle alguna **maligna** reivindicación.

Gonzalo está en la Alcaldía, retrepado en un sillón: "Esto está ni más ni menos,



Gonzalo Sánchez, presidente del SOC de Lebrija.



"No podemos consentir que el jornalero le pierda el cariño a la tierra".

vamos a hablar claro, que ocupado. Pero no vamos a servir de administradores de la UCD. Tenemos un poder legal conquistado por los trabajadores, con el que vamos a acelerar más nuestras luchas y reivindicaciones. Por eso nosotros encabezamos nuestras manifestaciones", dice el edil jornalero.

El Ayuntamiento de Lebrija no se anda con paños calientes y medias palabras cuando tiene que decir algo, con o sin acierto. Hace unos días, cuando el presidente de la Diputación (PSOE) de Sevilla anunció que ya no volverían a encerrarse allí los alcaldes, el presidente de la Corporación lebrijana, Antonio Torres, le envió el siguiente telegrama: "Gravemente consternado por declaraciones Comisión de Gobierno Diputación Provincial, elevo respetuosamente mi más enérgica protesta. Stop. A partir de ahora me costará trabajo seguir diciendo nuestro presidente. Stop. Quisiera saber si otra vez que quisiéramos reunirnos un grupo de alcaldes en esa Diputación, llamarían ustedes a la Policía. Stop. Antonio Torres García, alcalde de Lebrija por elección democrática".

En esa línea, de lenguaje directo, se explica también

Gonzalo: "Si hay que quemar las máquinas, las quemamos. Porque tenemos que asegurar la supervivencia de los jornaleros. Queremos dejar clara una cuestión: no podemos consentir que el jornalero le pierda el cariño a la tierra. Nosotros les decimos que aunque hoy no haya más remedio que estar en el vergonzoso empleo comunitario, tenemos todos la obligación de no perderle el cariño a la tierra. Porque como se lo perdamos, no haremos otra cosa que lo que ellos quieran, que perdamos nuestra propia dignidad. El empleo comunitario está acabando con la dignidad del trabajador. No porque nosotros no queramos trabajar, sino porque no se hacen las faenas que al hombre del campo le gustan. Cuando nosotros estamos en el campo, trabajamos con vocación. Ahora vamos a convocar a los empresarios para que ellos, como dice Abril Martorell, colaboren por la crisis. Y tienen que colaborar, ¿eh? Y si no colaboran, haremos lo que nuestros abuelos: repartir a nuestros jornaleros por los cortijos. No podemos consentir que los jornaleros se enfrenten a los Ayuntamientos de izquierdas, que no tienen la culpa de la falta de trabajo".

"Al terrateniente lo tenemos más cerca"

Gonzalo golpea la mesa y añade en tono amenazante: "Volveremos a actuar como nuestros abuelos. El poder de Madrid le suena muy lejos a los jornaleros. Al terrateniente lo tenemos más cerca. Vamos a complicar a los terratenientes.

"El otro día me encontré a un Domecq —añade—. Y me dijo: 'Gonzalo, que el Gobierno tiene que mandar más dinero para el empleo comunitario'. Y le contesté: 'Eso es, Eduardito. Tú, con tus tres mil hectáreas, que le das vida nada más que a un tractorista, un guarda y un gazpachero. Y que el Gobierno manda dinero. Eso, no. Porque los fondos que mandan son una reolina, que sale de los bolsillos de los trabajadores y vuelve a los mismos como subvención para el paro'. No estamos de acuerdo con eso. En El Coronil han complicado a los terratenientes y han respondido: durante un mes han dado trabajo a doscientos hombres. Aquí hay jornaleros que no van al campo desde hace un año y que no tienen más empresa que la del

empleo comunitario. Por eso emprendimos la campaña de paralización de las máquinas. Ha sido la mejor acción que hemos realizado hasta ahora. Y no reivindicábamos ni una sola peseta. La respuesta de la gente ha sido extraordinaria. Porque es justo que reclamemos puestos de trabajo.

"Dicen los de la UCD y los revisionistas —continúa Gonzalo Sánchez—, y entre ellos se dan la mano, que nosotros queremos volver a la época de la siega con hoces de la paja blanca. Las máquinas que nosotros paralizamos son las que nos quitan los puestos de trabajo: las del algodón, la aceituna y la remolacha".

"Jincaremos la bandera en la frontera de Despeñaperros"

El SOC sigue desmalenado. Del 2 al 9 de septiembre ha programado acciones de lucha (manifestaciones y encierros) y una operación espectacular: cortar la carretera de Despeñaperros. "Nos iremos a la frontera —explica el presidente del SOC—. ¿Te acuerdas de lo que hacían

EL CAMPO ANDALUZ

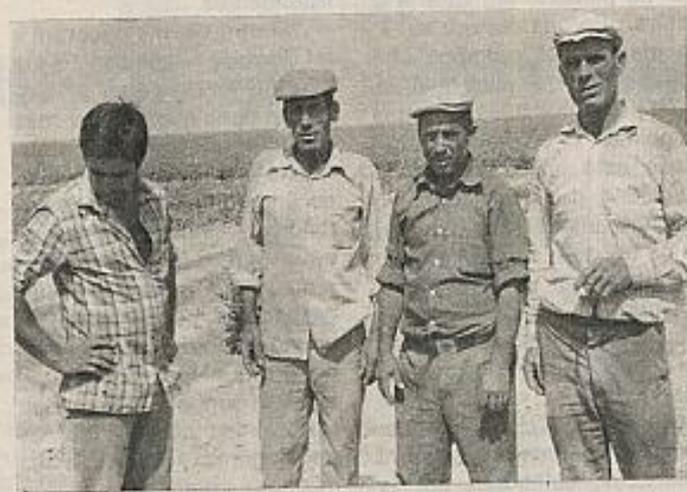
nuestros abuelos? Cuando los bandoleros de Sierra Morena querían, el Rey, el que fuera en aquella época, tenía que pedirles permiso para cruzar Despeñaperros. Y el Rey tuvo que pactar con José María 'El Tempranillo'. No vamos ahora a echarnos al monte, como los bandoleros. De la misma forma que hemos ocupado fincas y paralizado las máquinas, **jincaremos** la bandera de Andalucía en la frontera de Despeñaperros. Los revisionistas nos dicen que montamos el **show**. Es que nosotros no estamos dispuestos a que los bandidos se lleven nuestras materias primas y nos tengan aquí sin trabajo. Les vamos a señalar dónde está la frontera para que no nos sigan robando, como han hecho desde que llegaron los Reyes Católicos. Desde entonces, esto ha funcionado como una colonia. Nos concentraremos en Santa Elena. Y ese día nos veremos allí con mucha Policía y le haremos un gasto al Gobierno, que tendrá que pagarnos muchas dietas".

Los nuevos agricultores de las marismas

El sol pega fuerte en la marisma. Una mujer atraviesa despacio su parcela de algodones. Camina lentamente porque va fumigando con una mochila a la espalda que pesa treinta kilos. Los colonos de las marismas lebrijanas no pierden hora, porque se han convertido de jornaleros parados en propietarios (cuando acaben de pagar) de doce hectáreas de regadío. De día y de noche, toda la familia trabaja. El IRYDA entregó el año pasado unas 15.000 hectáreas de marismas, preparadas en tierras de regadío, a 1.200 parcelistas, 425 de Lebrija y los demás de otros pueblos: Utrera, Las Cabezas, Lora del



"Las máquinas nos quitan los puestos de trabajo: las del algodón, la aceituna y la remolacha".



Colonos de Lebrija. Los arroceros, más fuertes, les destrozan las cosechas a los nuevos agricultores de las marismas.

Río, Mairena, Los Palacios, Ecija, Guadalema, etc. Les dieron las tierras que habrán de pagar, pero sin casa, sin almacenes, sin fondos para hacer frente a la mecanización, compra de semillas,

abonos. Hay familias que se tienen que desplazar desde más de 150 kilómetros. Como solución se han buscado algunos colonos vivir al pie de la parcela, en chozas. Aquí es donde se aprecian

las ganas de tierra que tiene el jornalero andaluz. Porque se necesita querer el campo para aceptar este tipo de reforma agraria que hace el IRYDA. He dado una vuelta por las 15.000 hectáreas de la marisma con Carmelo Campanario Cumbreña (secretario local de la UAGA), que ha creado con los colonos de Lebrija una cooperativa para apoyarse unos a otros frente a tantos problemas. Cómo viven los colonos. Nos detenemos junto a los sombrajos de tres familias, las de José Ruiz Helena (con once hijos), Francisco Capitán (diez hijos) y Benito Alcón Leal (doce hijos); cada una de estas familias numerosas vive en sombrajos que no tienen más de cuatro metros cuadrados. Día y noche, los padres y los hijos trabajan la parcela. Es la primera vez que tienen tierra y la trabajan tanto que hasta la miman a costa de dejarse la vida entre los surcos. "Los mosquitos nos comen por la noche — cuenta una señora—. Hay día que los trece de familia nos subimos a dormir al remolque del tractor". ¿Qué hacen aquí tantos niños? Me contestan que trabajan como los mayores hasta fumigando, con los riesgos de envenenamiento. Otros críos ponen trampas para cazar pájaros. De escuela, nada. "Si los mando a la escuela — cuenta otro colono—, tengo yo que hacer solo toda esta faena y a mí nada más que me falta reventar". Cuando no hay trabajo en la marisma, los chavalillos de más de doce años se van también de temporada a los cortijos a coger la aceituna.

"Queréis tierra, ahí la tenéis para sufrirla"

Una familia de Alcalá del Río tiene una parcela en Lebrija. Como tienen tantos hijos, nada menos que die-

ciséis, los padres se han quedado en el pueblo con la mitad de la prole; la otra mitad está bajo un sombrero, en la parcela. Al frente de ellos hay un chaval de dieciséis años.

El Guadalquivir divide las parcelas de los colonos de IRYDA de las de los agricultores del arroz. Los arroceros tiran herbicidas de baja calidad, que están prohibidos y que mata las cosechas de algodón de los colonos. Hay 60 parcelistas afectados por este problema. La situación ha llegado a tal extremo que un día los colonos encerraron en la iglesia de Pinzón (Utrera) a técnicos del IRYDA y a alcaldes de la zona. Pero los arroceros son agricultores más fuertes y siguen destruyendo las cosechas de los pequeños parcelistas, a los que IRYDA ha prometido esas indemnizaciones que nunca llegan. Y allí están, amargados, al borde de cometer un disparate.

El 30 por 100 de las parcelas están abandonadas, porque los colonos no pueden desplazarse, sin casa, a cultivarlas; un 25 por 100 las tienen arrendadas. Las tierras, que servían antes para el ganado y para recoger **cabrillas** (caracoles), serán, cuando nazcan varias cosechas, de las mejores tierras del Sur, un vergel de 15.000 hectáreas. IRYDA ha prometido construir casas, almacenes, para los nuevos agricultores. Pero parece que les han dicho: "Queréis tierra, ahí la tenéis para sufrirla". Estos colonos, que podían estar cobrando el subsidio de desempleo, han preferido comprar la tierra y vivir tirados por los campos, con los hijos a cuestas echando abono, esperando que crezca un tomate para comérselo.

Un chavalillo viene con un pájaro cogido en la trampa. Lo despluman y a la olla. Llega el coche del reparto del agua: un solo cántaro. Más **cornás** da el hambre jornalera. ■ A. R. E.

ESTOY escribiendo un libro de viajes, refiriendo lo que he visto, intuido y dicho por las más solitarias y remotas montañas de las Asturias, y ahora que lo medito no sé a ciencia cierta si ando metido en una empresa narrativa de derechas o de izquierdas. Nada dicen las preceptivas literarias innombrables, al menos explícitamente, pero sospecho, a la vista de la bibliografía más usual, que en este país existe desde hace medio siglo, una inconfesada división ideológica del trabajo literario: el discurso de la Cultura para la progreña y el de la Naturaleza para la burguesía.

Noto con asombro y cabreo que el paisaje español está secuestrado por la escritura de derechista o derechosa, vale decir, por Pedro de Lorenzo, el marqués de Lozoya, Josep Plá, Fray Justo Pérez de Urbel,

Baltasar Porcel, Gironella, Julián Marías, García Sanchiz, Camba, Castillo Puche, Azorín y toda la polvorienta topología del noventa y ocho. No me sirven de consuelo las soberbias prosas viajeras de Cela y Cunqueiro, porque lo que urden estos dos grandes señores gallegos con la Naturaleza hay que situarlo en la otra orilla, del lado de los Melville, Stevenson, Conrad, Salgari, Kipling y demás aventureros de la cartografía fantástica.

Tampoco ignoro que existen rarezas contrarias, pero lo verdaderamente excepcional es que la izquierda escriba al aire libre, fuera del asfalto, del pub, y de la biblioteca, por los caminos que no figuran en el mapa profesional y hacia las posadas anónimas. Acaso esta especialización discursiva, aberrante en otras culturas, explica el también curioso fenómeno de la proliferación de sangrientas polémicas entre individuos de análoga ideología y de diferentes atributos corporales: por más que se busquen con ganas los auténticos adversarios, jamás se encontrarán, pues mientras unos siguen la senda de los pubs, los otros andan por las rutas del románico y así es geoméricamente imposible la pelotera natural y entonces acontece la fratrícula, como ha ocurrido este verano, que tal parece, de San Martín.

Y me sorprende esta deserción de la izquierda del libro de viajes, porque una de las tradiciones más constantes y felices del progresismo español fue la práctica de ese género narrativo. Nuestros ilustrados y repúblicos fueron, antes que nada, viajeros por España, exploradores de sus tierras y hombres, escritores del camino, o caminantes del escribir, que partían, siguiendo las precisas instrucciones del Emilio, no tanto para ver paisajes y monumentos como para conocer pueblos, estudiar costumbres, comparar y analizar formas de gobernación: para narrar. El viaje y su

escritura a la intemperie como placer estético y también como modo de sabiduría y de ciudadanía: para ejercer el criticismo, la ciencia, el reformismo pedagógico y hasta la politización por medio de la literatura andarina, que así hay que entender, por ejemplo, los famosos itinerarios dieciochescos de Ibáñez, Ponz, Jovellanos, Sarmiento, Cavanilles, Leandro Fernández Moratín, Tomás de Iriarte, Bovles y otros desengaños de las Españas que de ultramontanos nada tenían.

Ahí están las consecuencias inmediatas de esta agrafía viajera de la izquierda, de la necia manía asfáltica y sedentaria de nuestros intelectuales orgánicos: tenemos las famas geográficas destruidas por pegajosos tópicos literarios que nos impiden su serena contemplación y censuran su natural

significación. Existe algo más peligroso para nuestra naturaleza que los detergentes, los plásticos, los vertederos, las celulosas y las nucleares y es la contaminación de los incalificables adjetivos que la derecha le ha colgado como sambenito a los paisajes y monumentos de este país, y que modifican torpemente su sentido verdadero. Metáforas, metonimias, superlativos, pleonasmos, sinécdoques de reconocible procedencia y referencia ideológica — estilística — que transforman los lugares estimulantes en lugares comunes, que impiden nuestros espontáneos pasmos viajeros por miedo a incurrir en la tremenda cursilería acuñada, que matan la incertidumbre con esas aborrecibles prosas del paisaje, que convierten al viajero, incluso al ilustrado, en turista planificado.

Se me argumentará que jamás la progreña había viajado tanto como ahora mismo y encantado acepto la información, porque eso es precisamente lo que sorprende, que al cabo de tanto vagabundeo la producción de literatura viajera continúe en manos de la derecha más ramplona y que las narraciones del progre únicamente hablan de densidades superiores a los diez mil habitantes por kilómetro cuadrado, ignorando olímpicamente las inferiores a cuarenta, es decir, olvidando la diferencia.

Pero la realidad es bien distinta, porque, si bien se analiza, la nueva izquierda no viaja, que lo suyo es peregrinar. Son itinerarios sagrados con destino (trascendental) a Katmandú, Djerba, Fez o San Francisco y a lo que yo me estoy refiriendo en estas columnas es a las hermosas rutas profanas que desbrozaron aquellos maravillosos viajeros de la razón y de la narración y que ahora mismo transitan los representantes de la reacción como Pedro (de Lorenzo) por su casa, dejándolo todo perdido de ruinas literarias que espantan al caminante. ■

La izquierda peregrina

JUAN CUETO ALAS